

y absurdo, de las distintas estructuras que sustentan lo cotidiano, las distintas opciones que oculta la aparente realidad tangible, la posibilidad de enfrentarse a ese entorno real, lleno de posibilidades, con un plan de ataque, un guión premeditado. En El castillo..., en realidad, no ocurre absolutamente nada, pero puede ocurrir absolutamente todo. Como en la vida; como el concepto de vida que Tomeo —tal vez sin querer— da a entender.

Esta misma situación (el personaje aislado que inicia un diálogo con las distintas realidades posibles-imposibles que lo rodean) se repite en otros relatos del mismo autor (2). También se repiten otros elementos: el humor (que alguien ha situado, con fortuna, entre Kafka y Buñuel), el lenguaje directo (sin alardes retóricos ni barroquismos inútiles), la lógica del absurdo, la personal y algo cinematográfica descripción de movimientos, etcétera. Todo ello desemboca en un producto enormemente interesante, de agradable lectura, al que es difícil encontrar parangón —por sus peculiares características— en la narrativa castellana de los últimos años. ■ CARLOS SANTOS

(2) Javier Tomeo, aragonés, afincado en Catalunya, cuarenta y dos años, abogado y criminalista, habla publicado hasta la fecha numerosos relatos y cuatro novelas: El cazador (1968), Ceguera al azul (1969), El unicornio (Premio Novela Corta Ciudad de Barbastro, 1971) y Los enemigos (1974).

Vietnam, antes del apocalipsis

ERAN los primeros años cincuenta. Comenzaba a activarse la bomba que, en la década siguiente, les estallaría en las manos a los norteamericanos. En ese escenario convulso, del que, poco a poco, iban siendo desplazados los colonialistas franceses, del que, a fuerza de terrorismo, los norteamericanos iban metiendo como una cuña su tercera vía —el títere Ngo Dinh Diem, que les obligaría finalmente a intervenir en la guerra—, Graham Greene construyó una triangular historia de amor y de amistad (a pesar de todo). Fowler, el periodista, cansado, escéptico, pero con buen olfato, formaba uno de los ángulos. Alden Pyle, el joven norteamericano, intrépido, decidido, que es en realidad, camuflado en la Misión de Ayuda Eco-



James Hadley Chase.

nómica, un agente secreto, es el otro. Y en medio, pasando de unas manos a otras, Fuong, la joven vietnamita.

Con estos ingredientes, Greene logró una excelente novela, "El americano imposible" (1). Todavía los jinetes apocalípticos no habían hecho su aparición. Aguardaban. La Libertad, el Mundo Libre —intentaba vencerle Pyle a Fowler— no podía defenderse con franceses como el capitán Trouin, que detestaba bombardear con "napalm". ¿Qué lejos estaba ese infeliz del extravagante general de la película de Coppola que se extasia con el olor del "napalm"!

Coincidencias editoriales han hecho que aparezca esta novela de Greene tras otra, en la que el Vietnam de los años cincuenta es también escenario de la acción. Me refiero a "Un loto para miss Quon", del prolífico James Hadley Chase (2).

Salvo el escenario, poco más tienen en común estas dos novelas. La de Greene es claramente política, mientras que la de Chase no lo es.

A pesar de todo, y eso se ve en las dos novelas, Vietnam es todavía un sitio lo suficientemente lejano y exótico, como para que los occidentales, lejos de la mujer amada/odiada, se dediquen —las mujeres de los occidentales, estilo "Emmanuelle", traen problemas— a disfrutar del amor oriental.

(1) Publicada hace diez años por Alianza Editorial, la ha incluido Bruguera en su recién salida colección de cien títulos de literatura universal. Barcelona, 1980.

(2) También publicada por Bruguera en su interesante colección de novelas policíacas. Barcelona, 1980. Estaba editada desde hace años por Emecé de Buenos Aires.



Graham Greene.

Estas características externas también las posee Fowler, el periodista británico de Greene. Pero además, al contrario de Jaffe, que no tiene ojos más que para los diamantes, el periodista sabe que el tiempo de los colonizadores franceses —él, que pertenece a un país imperialista en decadencia— se ha acabado.

La solución no está en tapaderas como la Misión de Ayuda Económica. La democracia, la libertad, Occidente, el anticomunismo, nos dice Fowler-Greene, no son motivos suficientes como para justificar esa nueva penetración. El viejo Fowler le dice a su amigo Pyle: "Dentro de quinientos años tal vez no existan ni Nueva York ni Londres, pero éstos seguirán plantando arroz en estos campos, seguirán llevando sus productos al mercado sobre esos palos largos..."

El lector de hoy, que ya conoce en qué acabó la aventura norteamericana, que ya ha visto el personal "Apocalipsis" de Coppola, no tiene otro remedio que agradecer al viejo Greene su clarividencia. Hace veinticinco años escribió una magnífica novela con un mensaje. El tiempo le ha dado la razón. ■ JAVIER GOÑI.

Remilgados, abstenerse

CURIOSISIMO fenómeno: ya no hay críticas que digan que un libro está mal, ni siquiera que no convence. En todas, por contra, relucen expresiones como "un impecable (o implacable, según rigor)". Por eso resulta difícil exponer, más allá de la maraña de tópicos semánticos, las razones por las que una novela lle-

ga no sólo a gustar, sino a refocilar.

El nombre del americano John Irving probablemente, a priori, no dice nada. Y, sin embargo, es autor de una novela de tremenda calidad, "El mundo según Garp" (1), publicada hace ya tiempo entre nosotros y que no ha suscitado, vaya usted a saber por qué, ningún revuelo, y eso que el simple volúmen considerable del libro ya debiera de haber alertado.

Nos hallamos ante una novela de esas cuya semilla hemos estupidamente dejado perder los españoles, una obra que enlaza con la gran escuela cervantina anglosajona; de la estirpe de un "Tristan Shandy". Irving disfruta cual cosaco según escribe, y no se anda con remilgos: su relato está lleno de vulgaridad y bastedad, es refrescante en cada página, nos abruma a carcajadas suscitadas por repiques de pedoretas, lluvias de polvos y revoluciones en todos los lodos apetecibles. Diríamos que Irving hace tabla rasa de todo apriorismo sobre mojigaterías o despiantes, y se centra en narrar trepidantemente unas aventuras que no escurren el bulto a ninguna precocidad ni tampoco —y en esa fusión está uno de los más acertados logros— a la autorreflexión estilística; pero todo ello siempre ironizando, que "sonar" serio no puede ser bueno para la salud.

Los diálogos de Irving mantienen también una envidiable marcha que aúna la chabacanería con la utilización del absurdo más quintaesenciado. Diálogos madre-hijo, marido-mujer, amante-amante, feminista-transsexual, escritor-editor: lo que le echen, Irving se atreve a todo y el resultado es un jolgorio loco. Porque, además, tan desproporcionado material nunca lo encara con un barroquismo pernicioso, sino siempre con un humor conciso, misterioso y sensual en su misma reticencia.

Pero "El mundo según Garp" es obra de humor precisamente porque pocas novelas parten del desespero de donde nace ésta. Es novela plagada de violencia, muertes, atentados, violaciones, crueldades. Pasan tantas cosas como en las series americanas de televisión: pero es que además pasa que se ironiza con tantísimo

(1) Argos-Vergara, 1979.